

Poesía de Martínez Sarrión

Quien es alcanzado por el abrigo de esta rada que hoy nos dibuja la voz de Antonio Martínez Sarrión, siente, en primer lugar, que su palabra es de las que no defraudan, pues con este título confirma, y con creces, las incuestionables dotes líricas que su obra anterior, reunida bajo el nombre de *El centro inaccesible*, había ya adelantado. Cuando la mayoría de los poetas enrolados en las filas «novísimas» han callado o han visto considerablemente mermada la calidad de los primeros títulos que los catapultaron a la fama, la obra de Martínez Sarrión se ahonda y se demora en sus anteriores logros, trascendiéndolos con la calidez de un nuevo «gesto». Así, es la suya una de las pocas voces de la generación marginada que no sólo sigue viva, sino saludablemente enriquecida, madurada en jugosa plenitud. Con este último libro, el autor de *Teatro de operaciones* consolida un primerísimo lugar en el panorama actual de la producción poética de su grupo.

Pero a la par sentimos que podemos dejarnos ganar por la invitación de su palabra, y respondemos haciéndola nuestra: y entonces también echamos ancla, y reposamos, y, siempre compartiéndola, alcanzamos a guarecernos de algunas tempestades y tormentas. Porque esta propuesta parte de un «gesto» diferente:

*No, el corazón es el mismo,
algo más averiado
mas no rescoldo aún.
Lo que cambió fue el gesto.
De aquella loca búsqueda no queda
sino un encuentro de lo más trivial:
los límites del tiempo,
la terrible barrera de argamasa
contra la que será del todo inevitable
—todo pateo es en vano— dejarse la sesera
sin ultimar el pacto.*

El título del poema es altamente significativo a la hora de acoplar este *Horizonte desde la rada* a la obra anterior de Martínez Sarrión: «Velocidad controlada por radar». El «encuentro de lo más trivial» —enunciado con la parquedad necesaria para no esconder la trágica sorna pero a la vez evitar el patetismo— sigue siendo «la terrible barrera de argamasa» contra la que «todo pacto es en vano». Y la «velocidad», el frenesí, el grito, se contienen; lo «inevitable» se acepta «sin escándalo» («Pesadilla»). En la noche, y en la noche del corazón, «los consabidos desgarrones»: porque «el ojo indagador», en definitiva, no descansa («Cruel»), pero intenta poco a poco acostumbrarse a la luz, para no cegar. «Lo cierto es que una rabia confusa y un espasmo/de dolor agudísimo se fue haciendo sollozo/por nuestra vida mala, por nuestra suerte atroz», rezan tres versos del bellísimo «Saulo y los pájaros».

El horizonte entrevisto desde esta rada, por consiguiente, no puede ofrecer muchas variantes con respecto al ofrecido en su obra anterior, pero está considerablemente ampliado en intensidad afectiva. Dos presencias lo sellan claramente: mujer e hijo, y desde el descanso, desde el abrazo de estas dos figuras, pueden sentirse crecer las raíces y aquietarse con la caída del ancla. Desde este sitio, desde esta perspectiva, se asoma ahora el poeta a abarcar el horizonte: «el desplazamiento del centro de gravedad hacia lo decible» (J. Talens), que ya prefiguraba *El centro inaccesible*, constituye el punto de mira que configura la visión de este último libro.

Y el nuevo «gesto» se revelará en una palabra que huye del exabrupto, que evita lo altisonante, que se remansa, y que resulta sabiamente enriquecida, porque bebe ahora en los pozos más puros del idioma. Si algo había puesto ya en evidencia toda la obra anterior de Antonio Martínez Sarrión era la posesión de un vasto vocabulario, resultado de una infatigable e inteligente avidez lectora. Pues, en este aspecto, aún nos espera *Horizonte desde la rada* con una sorpresa, con un deleite —y esto importa destacarlo— en el que nos regalamos: algunos poemas exhuman palabras de la más pura cepa castiza, nombres manados de las fuentes más clásicas del idioma. La referencia introduce el libro: «Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dijo: —Llaneza, muchacho: no te encumbres: que toda afectación es mala. (II, 16)». Y quizás valga detenernos en la cita y resaltar no precisamente el significado que encierra —lo que resultaría hasta peligroso, como rápidamente veremos—, sino su procedencia. Porque es en esa prosa del Siglo de Oro, en su novela, donde probablemente encuentra Martínez Sarrión el sabroso venereo del que se nutre el léxico más exquisito de *Horizonte desde la rada*. No debe por tanto confundirnos esa declaración de «llaneza» que postula la cita inicial: aunque el culturalismo «anticulturalista» presente en su obra anterior ha desaparecido, la «afectación» —aunque siempre deliberada— que menciona Maese Pedro, no por ello llaneza es aquí sinónimo de fácil lectura. Por el contrario —y pese a que se combinan varias razones de contenido y forma—, son muchas las veces en que la lectura se demora, se hace hasta difícil, porque tropieza con este vocabulario de clásica raigambre. Y en esta sorpresa, hacemos nuestro el placer de pronunciar y regustar la vieja y fiel palabra, recuperada gracias a la infalible sensibilidad y al conocimiento de Antonio Martínez Sarrión.

Este es el aspecto lingüístico que hemos creído importante destacar. Lo que no impide que recordemos que el «terco mundo presente» («Carpe Diem») obliga al autor, algunas veces, a imponer un ritmo más acelerado, más «actualizado», con alguna de esas notas surrealistas y socarronas que ya le conocíamos: y entonces, aquellos sabrosos términos quedan rezagados.

La riqueza de imágenes y el hábil uso de diferentes metros completan el cuadro de los logros expresivos más notables de *Horizonte desde la rada*.

La Editorial Trieste, en primorosa edición, nos lo alcanza. Indispensable nos será asomarnos a su trazado a la hora de valorar la trayectoria poética de su autor y la del aporte del título en el actual panorama lírico de su generación.

IRMA EMILIOZZI

Asedio a «Primeras hojas» de Alonso Zamora Vicente

Primeras Hojas representa en la creación literaria de Alonso Zamora Vicente el primer volumen del autor desde el punto de vista de su aparición cronológica (1), aunque por su dominio del lenguaje y técnica narrativa es de suponer que el oficio y recursos de auténtico creador provenían ya de antaño.

Rafael Lapesa apunta que «no debió ser el primero por la plena posesión de un arte complicado y por la gran novedad de procedimientos estilísticos»². La afirmación de R. Lapesa se ve confirmada, en parte, por las palabras del propio autor al precisar que lo hizo en Argentina: «¿Cómo empecé a escribir? Creo que, aparte de esos ensayitos deliciosamente inocentes de la adolescencia (a mí no me da reparo alguno hablar con lugares comunes), empecé realmente, en realidad de veras, el día que, siendo profesor extraordinario de la Universidad de Buenos Aires, recibí una amable invitación de Eduardo Mallea para colaborar en el suplemento literario de la Nación»³.

La estrecha colaboración con Eduardo Mallea tiene lugar en la ciudad de Buenos Aires durante los años 1948-1952, mientras Alonso Zamora Vicente fue director del Instituto de Filología Española de la Facultad de Letras⁴. Por su parte, la positiva respuesta

¹ *Primeras Hojas*, Insula, Madrid, 1955.

Comprende dieciocho relatos: «Viejos retratos», «Mañana de domingo», «La primera muerte», «La vuelta de los toros», «Música en la calle», «Tarde en Rosales», «Aleluyas», «Pesadillas», «En el huerto», «La Casa de Campo», «Alucinación», «De visita», «Escapada», «Tarde de cine», «La verbena», «Veraneo», «Colegio» y «Polichinelas».

Primeras hojas, Espasa-Calpe, Madrid, 1985. Prólogo de José Manuel Caballero Bonald, ilustraciones de Julián Grau Santos.

Esta edición ve aumentado el número de relatos en cuatro y suma veintidós. Los relatos añadidos son: «Jueves Santo», «Pascua Florida», «Cabalgata» y «Revés de la tarde».

² RAFAEL LAPESA: «Discurso (de contestación a A.Z.V. en su recepción pública en la Real Academia Española, el 28 de mayo de 1967)»; Madrid, R.A.E., págs. 127-142.

³ ALONSO ZAMORA VICENTE: «Yo escribo los domingos», en *Prosa novelesca actual*. Segunda reunión, agosto 1968. U.I. Menéndez Pelayo, Santander, 1969, pág. 279.

⁴ El suplemento literario de la *Nación* de Buenos Aires y *Azul* de Montevideo publican por aquellas fechas algunos de los relatos que, con posterioridad, se incluirían en *Primeras Hojas*. Los relatos que habían sido publicados con anterioridad a su aparición en dicho volumen son los siguientes:

«Mañana de Domingo», en *BAL*, abril, 1953, n.º 7, págs. 39-41.

«La primera muerte», en *BAL*, diciembre, 1953, n.º 15, págs. 31-33.

(Este relato se halla traducido al alemán por Erna Branderberger, en *Moderne Erzähler in Spanien*. DTV Zweisprachig München, April, 1974. Con el título *Der erste todes fall*, págs. 30-37.

«La vuelta de los toros», en la *Nación*, Buenos Aires, 12 de julio de 1953.

«Música en la calle», en *Azul*, Montevideo, 1953, n.º 1.

«Tarde en Rosales», en la *Nación*, Buenos Aires, 8 de noviembre de 1953.

«Aleluyas», en la *Nación*, Buenos Aires, 5 de abril de 1953.

«En el huerto», en la *Nación*, Buenos Aires, 2 de mayo de 1954.

«De visita», incluido en *Antología de cuentistas españoles contemporáneos*, de Francisco García Pavón. Madrid, Gredos 1959, págs. 107-111; y en *Antología del cuento español*. Festival de la literatura española contemporánea. Edc. Tawantinsuyu, Lima, 1960, págs. 40-44.

a la invitación de Mallea indica, según Emilia de Zuleta, «que sus primeros ejercicios en el arte de narrar, aunque inéditos, datarían de fecha anterior»⁵.

Primeras Hojas fue descrito, en su momento, por Alonso Zamora Vicente «como un conjunto de cuentos cortos, inconexos, de evocación de la infancia, dentro de las formas de llamado cuento lírico», según confesó el propio autor a Emilia de Zuleta⁶.

Tal opinión sobre su obra, evidentemente significativa por motivos plurales, nos parece que puede ser reinterpretada en lo referente a relatos «inconexos», ya que consideramos que los cuentos incluidos en *Primeras Hojas* forman un todo compacto tanto desde el punto de vista de la estructura narrativa como del contenido que de ellos se infiere. Así lo interpretó Manuel Ariza: «...Casi todos los críticos han dicho de él que son una serie de cuentos poéticos. No vamos a entrar aquí en discusiones sobre lo que es un cuento y lo que no, sin embargo, de considerarlo como tal, existe un único cuento, que es el libro entero»⁷.

El volumen está constituido por una serie de relatos⁸, todos ellos circunscritos a la infancia, que encuentran en el «yo» del narrador su cauce de expresión y de participación poetizada de un todo perfectamente orgánico: la infancia.

El «yo» narrativo nos evoca un mundo infantil que pertenece por igual a los lectores y al narrador. La sensibilidad poética del narrador posibilita que todos «sus» recuerdos desfilen ante nosotros, se detengan, por momentos, entre nosotros sin la agobiante presencia del tiempo lineal, y vivan en nuestras diversas circunstancias.

Para ello es necesario que, como en el caso que nos ocupa, el arte narrativo, la fuerza creadora y el dominio del lenguaje caminen al unísono como acaece en *Primeras Hojas*, conjunto de relatos en prosa que merecieron las siguientes palabras de Dámaso Alonso: «...libro delicadísimo, de revueltas y emocionadas estampas, como imágenes de una infancia que se amontonara entrechocándose, para surgir como una realidad, con esa barahúnda que es la realidad, notamos que estamos ante un extraordinario prosista, un maestro de la prosa, renovador o domeñador de ella. Porque hace falta mucho dominio para ese agrupamiento casi sincrónico, de lo que viene de la mente del niño, de lo que dice o le dicen, de imágenes visuales o auditivas de toda suerte, que le llegan»⁹.

«Para Alonso y Juan, devuelta memoria y reestrenándose», es el lema que introduce la dedicatoria y la clave literaria para que así interpretemos lo de evocación y así-

«Tarde de cine», en *Cinema Universitario*, Salamanca, enero-marzo, 1955, n.º 1, pp. 65/85.

«Cabalgata», en la *Nación*, Buenos Aires, 31 de julio de 1955.

«Revés de la tarde», en la *Nación*, Buenos Aires, 11 de agosto de 1957.

⁵ EMILIA DE ZULETA: «La narrativa de Alonso Zamora Vicente», en *PSA*, T. LXX, núms. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre, 1973, pág. 182.

⁶ *Ibidem*, pág. 183.

⁷ MANUEL ARIZA: «La prosa creativa de Zamora Vicente en *Primeras Hojas*», en *Miscellanea di studi ispanici*, Università di Pisa, 1969-70, pág. 288.

⁸ Ya hemos apuntado que, en su primera edición (1955), contenía dieciocho relatos, en la segunda edición (1985), veintidós.

⁹ DAMASO ALONSO: «Notas volanderas sobre el arte de Alonso Zamora Vicente», en *PSA*, T. LXX, núms. CCIX-CCX, Madrid, agosto-septiembre, 1973, pág. 131.